



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Luis Royo Villanova.)



Con un trabajo constante prueba su fecundo ingenio y su cultura el simpático cronista del *Blanco y Negro*.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Bagatelas, por Luis de Ansoarena.—No hay golondrinas!, por Eduardo de Palacio.—Idilio mudo, por Juan Pérez Zúñiga.—Frustrerías, por A. Alcalde Alejandro.—Paliage, por Clarín.—Si lo sé..., por Antonio Soler.—La gloria, por Alejandro Larrubiera.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas: Luis Royo Villanova.—Pafalada de pícero.—¿Ande el barato! (dos viñetas).—Los parroquianos.—De nen.—La explicación, por Cilla.



DE TODO UN POCO

DESDE ESPINHO

No es posible que haya en toda la Península ibérica otro punto más fresco, ni más bonito, ni donde se viva con mayor libertad.

Espinho reúne todas las condiciones necesarias para convertir el verano en estación deliciosa. Por eso, sin duda, acude aquí

tanta gente ávida de respirar las brisas marítimas.

Tiene la ventaja Espinho sobre las demás playas portuguesas de que está situada á tres leguas de Oporto, la segunda ciudad de Portugal. Cada ciento veinte minutos sale un tren; de suerte que si desea usted cambiar de vida por unas cuantas horas, se pone usted camisa planchada, se pasa usted un cepillo, sustituye los zapatos de lona por otros un poco más elegantes, toma usted un billete de ida y vuelta, que vale una pesetilla... ¡y á Oporto!

* *

La gente de Espinho, que está muy acostumbrada á recibir bañistas, no sabe qué hacerse con los españoles que venimos aquí á esparcir el ánimo.

Llega usted en el tren de España y es recibido en la estación por una docena de bañeros afables que le ofrecen vivienda por un precio módico. Acepta usted lo que más le conviene, y no ha hecho usted más que sentarse, cuando se le presentan seis ó siete sujetos decentemente trajeados y le dicen:

—*Eu son o carboeiro.*

—*Eu son o padeiro.*

—*Eu son o lavadeiro.*

Cada cual ofrece sus servicios respetuosamente, con el sombrero en la mano y la vista clavada en el suelo, como si le causara rubor tener que confesar que ejerce honradamente un oficio.

* *

El español que viene á Espinho no tiene necesidad de encargar casa. Llega y se la proporcionan en el acto.

—Yo quiero una casa con seis camas y dos cunas—dice uno.

—*Perfeitamente*—contesta el bañero.

—*Á demás*—añade usted,—deseo que tenga sala espaciosa para recibir á los de mi pueblo, pues les he prometido dar reuniones hispano-portuguesas todos los jueves.

—*Muito bem.*

—Necesito también una guitarra.

—*Presencia pode contar con tudo o que seja preciso.*

Y efectivamente, se lo facilita á usted todo el bañero, y cuando no, la casera, que se obliga, al alquilar la habitación, á amenizar la existencia del inquilino, ya con toda suerte de utensilios, ya con los instrumentos musicales que éste quiera tañer.

Sin ir más lejos, un vecino de Madrid dejó olvidada en éas la flauta, y aquí le prestaron una hermosísima, de siete llaves, con la cual enduza las veladas de los bañistas y ahuyenta á los perros de la localidad.

* *

Los que no quieren dormir en los colchones portugueses, que no se distinguen por su blandura, los traen de España.

El Gobierno portugués permite la entrada libre de nuestros colchones en el reino lusitano. Basta decir es la aduana:

—Yo traigo unos colchoncitos de mi tierra, porque mi señora tiene un cutis muy delicado y no le gusta dormir más que en su propia lana.

Los aduaneros entonces extienden un documento, merced al cual los colchones quedan bajo la salvaguardia del Gobierno de D. Luis, y ya puede uno echarse cuando guste y dormir la siesta, ó lo que considere más oportuno.

También tienen orden los aduaneros de mirar con benevolencia nuestros equipajes.

En otros tiempos, por cada libra de tabaco que sorprendían oculta entre las camisas ó dentro de una bota, le echaban á usted dos años y medio de presidio. Ahora le reconocen á usted el bacil muy por sito, y si ven alguna cajetilla vuelven la cabeza y se hacen los desentendidos, ó se ponen á silbar un aire de zarzuela para fingir que no se han enterado.

En fin, que ya da gusto venir á veranear á estas tierras, y que cada día se nos van dando más facilidades y se nos trata con mayor cariño.

Aún no hace ocho días que estamos aquí y ya se me han declarado dos señoritas: una coja y la otra no.

* *

Hasta Agosto no estará esta playa en todo su apogeo.

Hay ya muchas familias españolas y gran número de portuguesas que se bañan y se divierten, pero hasta el mes próximo no tendremos bailes en los casinos, conciertos en los cafés, paseos, jiras y demás diversiones honestas y baratas.

Se espera una familia de Villartortas, compuesta de catorce miembros: los papás, cuatro hijas casaderas, dos de corto, cuatro niños de ambos sexos, que ya andan, y dos gemelos que están mamando todavía.

*Las dos hijas mayores bailan sevillanas y uno de los niños sabe recitar escenas del *Tenorio*.

Ya estuvieron aquí el año último y gustaron muchísimo, sobre todo cuando cantaban aquello, tan de moda hoy en Villartortas:

*Paseando una mañana
por las calles de la Habana
la morena Trinidad...*

La mamá, á pesar de sus catorce partos felices y dos incompleos, canta también alguna cosilla, cuando se lo ruegan mucho; pero ha de ser acompañada por su esposo con la bandurria.

Da gusto ver al matrimonio, unido por los catorce lazos, que se lleva como el primer día, y goza uno al oír decir al esposo, cayéndosele la baba:

—¿No parece mentira que cante de la manera que canta una mujer que ha criado catorce hijos y tuvo dos tumores y ha estado dos años y medio sometida á una alimentación de sopa de sémola y agua de Carabaña?

* *

Por ahora no hay aquí tipos cómicos; pero estamos esperando una gran remesa procedente de nuestras provincias del interior.

Ya iré presentándola á mis lectores, á medida que llegue, y entretanto me despido hasta la semana próxima, deseándoles el mismo fresco á iguales sardinas que los que á Dios gracias disfrutamos los veraneantes de Espinho.

Luis Taboada

*

Bagatelas.

Cuando Irene se casó, Juan, que era un hombre muy bueno, el amor y la conciencia. —Para mí—dijo—está muerta, y como á tal la respeto... ¿Sucedió así?... Sólo sé que, pasado poco tiempo, —No hay milagro—dijo Juan—en rescatar á un muerto!

—Por qué tú en nada reparas
ó si está todo lo extremas,

disputaban una vez
el amor y la conciencia.
Y él, sin duda por dar fin
á la enojosa contienda,
dejando los argumentos
serios, que tan mal le sientan,
quiso con bromas y chistes
divertirla y convencerla,
pues sabe que quien divierte
gran parte de triunfo lleva.
Y...—¡Calla! ¡calla!—por fin.

dijo al amor la conciencia,
pensando:—¡Tiene unas cosas
que hacen reír á cualquiera!

No se queje la mujer
que ve marchitos sus sueños;
si es víctima en el amor,
culpe á su falta de sero.
Si se la ruega, resiste;
cuando se da, es por entero;
la virtud la hace de piedra,
el amor la hace de fuego;
y, esclava de sus impulsos,
odia los términos medios,
olvidando que lo sabio
es... darse y negarse á tiempo,
y que una pasión sin pausas
se extingue en su propio esfuerzo.
Nacida para el amor,
peca por más ó por menos.

¡ó es estatua que nos hiela,
ó desperdicia sus besos!

Dijo un águila á un pollino:
—Me das lastima... ¡No vuelas,
y no puedes disfrutar
nunca de dicha completa!
Ni ves el mundo á tus plantas,
ni tus pulmones seorean
con el purísimo ambiente
que sólo en lo alto se encuentra...
Ni en las cúspides anidas,
ni al sol brillante te acercas...
¡Pobre esclavo al que el destino
ha sujetado en la tierra!
Y el burro la dijo:—¡Vamos...
usted perdió la cabeza!...
¡Feliz yo en el aire!... ¡Y cómo?
¡Acaso en el aire hay yerba?

Luis de Anorena.

¡No hay golondrinas!

—Maestro, ¿cómo titularé un drama de costumbres francesas del día, original, que he terminado satisfactoriamente?

Así preguntaba uno de tantos «dramíferos» que escriben para su familia, al pacientísimo cuanto ilustrado literato D. Juan Engenio.

Y éste, con suma gracia, y para quitarse de enmedio al imbécil dramaturgo, le preguntó:

—¿No saldrán personajes á caballo?

—Don Juan, ¿se burla usted?—replicó el de la consulta (entiéndase «autor», no «caballos»).—Los tres actos tienen lugar en los salones de una princesa muy extranjera.

—Bueno, ¿y toca el tambor algún muchacho, ó los de tropa, ó...

—Tampoco. ¡Está usted bueno, D. Juan!

—Pues ya está el título.

—¿Cuál?

—Sin tambor y sin caballo, dijo la princesa.

Lo mismo puede decirse, siguiendo al maestro Ferreras:

«Sin golondrinas y sin moscas.»

El Correo ha descubierto que este año no veranean las golondrinas, y lo atribuye á la escasez de moscas.

O las golondrinas andan mal de recursos, ó el maestro confunde de las golondrinas con sus correligionarios.

Estos son los que no han venido.

Pero golondrinas hay, si señor; puede ser que sean apócrifas, como aseguraba de los perros daneses un amigo mío:

—No se ve uno, y si acaso le ven ustedes, es falsificado.

La falta de golondrinas acusa una perturbación en la naturaleza.

Verdad es que, después de las poesías que las han inferido, y de los conatos de aquel infame modisto de París, que intentaba adornar con ellas los sombreros de las señoras, no es extraño que no vengan.

Más fácil parecía la venida de los golondrinos liberales á varias personas y golondrinas, y la fuga de golondrinos conservadores, y no ha ocurrido.

Una chica, de suyo pasional, pero de las que se quedan en casa en verano como yo, por causas desconocidas, murmuraba dulcemente en leyendo las líneas desconoladoras de El Correo:

—Yo, que viajo espiritualmente con ellas, que las sigo á través del Desierto y del Polo...

—Y de las guajiras.

—No se burle usted; yo soy golondrina en espíritu, por convicción y por principios. ¿Adónde irán? ¿Adónde iremos ahora?

Al verla tan afligida no me atreví casi á contestar.

—¿Adónde irán ustedes?—repetí.—Me lo figuro: por lo menos las aficionadas á golondrinas para piano ó para poetizar.

—No me descubra usted—añadí;—pero hay golondrinas y palomas y pavos mensajeros; hay elementos para soñar, sufrir y cantar; y respecto á las moscas, no quisiera más que poder reunir una comisión de las que viven en cualquiera de esos restaurantes de veinte platos por dos pesetas, con champignon y trufas y *feo gras*, para enviársela al maestro Ferreras.

A ver si le convencían de que hay moscas para más del consumo de las golondrinas.

Eduardo de Palacio.

Puñalada de pícaro.



—Señorita: aprovecho esta ocasión para decirle que la adoro con toda mi alma.

—Caballero, no parece lo más oportuno...

—Y si no me corresponde usted, ahora mismo meto la cabeza debajo del agua y se acaba todo.

—Y ¿á mí que me importa?

—Es que puede que en el exterior de la agonía la muerda á usted en cualquier parte.

¡ANDE EL BARATO!



—Todos estos libros serán malos; no lo dudo, pero no cuestan más que dos reales; y ¿quién me dice a mí que son mejores los que se venden en las librerías á cuatro pesetas?



—¡A diez céntimos pieza! ¡Y puede ser que aquel anillo sea de los que vendió Isabel la Católica para que Colón emprendiera el viaje!



—¿Á que no te corras á pagarnos la fonda?
 —¿Qué me daréis en cambio?
 —Pues... ¡nuestro eterno reconocimiento!
 —Eso es muy de estimar, pero yo preferiría algo de presente.

Idilio mudo.

El mozo de labor Andrés Mandanga, rústico trovador de Valdeganga, sentado en un rodillo de las eras tocaba en su bandurria unas playeras en la grata y amable compañía de un queso de la Mancha que, con tiento, se llevaba á la boca y lo mordía cada vez que dejaba el instrumento. En esta situación, ante el mozo pasó Felisa Antón, moza la más garrida que han visto aquellas gentes en su vida. Quedóse Andrés absorto enteramente, cesaron las playeras de repente, dibujóse en el queso una sonrisa y al pobre mozo dirigió Felisa una mirada ardiente. En cambio Andrés sintió la espalda fría ante aquella muchacha vivaracha, y no pudo decir á la muchacha ni aun «esta boca es mía» (en lo que hizo muy bien, pues necio fuera que en medio de aquel gozo hubiera dicho el mozo si la boca era suya ó no lo era). Los ojos de Felisa eran dos soles (¡qué nuevo es este símil, caracolest!) y los ojos de Andrés eran dos yescas que, como es natural, no estaban frescas. De manera que hablando con los ojos y ambos sin despegar sus labios rojos contempláronse un rato, se entendieron; ella se fué á espigar y él quedó mudo. Después... no me han contado lo que hicieron. Mas de lo que no dudo es de que el pobre Andrés perdió el sentido, y quedó tan chiflado y distraído y á confundir las cosas tan propenso, que—¡lo que hace el amor cuando es intenso y á uno le entra de veras!— quizá por aliviar su extraña murria, acabó el infeliz allá en las eras por comerse á bocados la bandurria y tocarse en el queso las playeras. Consecuencias terribles del amor: en el queso, aun cuando era del mejor, las playeras saliéronle muy mal, y á su vez la bandurria al natural le sentó perramente al trovador.

Juan Pérez Zúñiga.

FRUSLERIAS

Quisiste que leyera en tus miradas el fondo de un amor todo dulzura, y... ¡ya me tengo dadas raciones de lectura!

Se deben de condenar en muy diferente grado, el que peca por pecar y el que cae en el pecado sin poderlo remediar.

G. Alcalde Alejandro.

Los parroquianos.



—¡Ay, angelita! ¡Qué ganas tengo de que me diga usted que sí para sacarme de penas!
—¿Le corre á usted prisa?
—¡Ya lo creo! Por de pronto, si me lo hubiera usted dicho ayer... ya no pagaría hoy esta cajetilla de cuarenta céntimos.

PALIQUE

Anto todo: yo no había escrito, en mi palique anterior, inde ira, sino ira. Conste, señores sacristanes, por si acaso

Y ahora vamos con una especie de Patrocinio de Biedra que ha aparecido en Orihuela. Pero dejemos que hable un periódico de la localidad:

«Los pecados de los padres los pagan los hijos es el título de un nuevo drama en tres actos y en verso, original de nuestra simpática paisana Doctores Mortalé, esposa del conocido industrial de zapatería (vulgo zapatero, eh?) y macero del Ayuntamiento José Izquierdo, entendido (?) por Pepesi, cuyo drama (¿el de Pepesi? No), etc., etc.»

Le deseo á la señora de Pepesi que llegue á ser en el teatro tan inevitable como D.^a Emilia ha llegado á ser en una porción de géneros y sitios.

Si Los pecados de la Mortalé llezan á pecados mortales, como otros que han obtenido grandes triunfos en la escena, haremos académica á la señora del macero de Orihuela, y ya no será la Mortalé, sino la Inmortalé.

Y acaso escriba una tragedia titulada Los pecados del Gobierno los pagan los contribuyentes.

En el reparto, ó merienda de negros, deben figurar el empréstito de la abnegación... con aduanas, y el de Filipinas con sacrificio y media tostada.

Porque yo no niego que los que ahora se suscriben á esos empréstitos sean muy patriotas, y casi unos mártires, algo adinerados; pero cuando llegue el día, porque todo lleva, de pagar las ganancias que esos empréstitos producen (y por eso se cubren) á los que hoy tienen la abnegación de suscribirlos ¿de dónde saldrán las misas de los intereses?

Del montón anónimo de los contribuyentes vulgares.

Porque de la riqueza oculta de los grandes terratenientes andaluces, v. gr., no va á salir.

Si á la señora de Pepesi le parece poco argumento ese para una tragedia, puede convertirlo en comedia, porque también lo es.
Para concluir: la señora del zapatero de Orihuela piensa *romper moldes*... ó respetar las *normas ordinarias*?

Un corresponsal de San Sebastián atribuye á Castelar estas palabras: «En las ciudades millares de almas viven matándose las unas á las otras.»

Ha oído mal el corresponsal, de fijo. Yo conozco á Castelar y sé que cree en la inmortalidad de las almas. Y por eso no puedo haber dicho que en las ciudades las almas matan á las almas.
Lo que sí creo, porque lo leo, es que el corresponsal habló de «la interrogante que parece dibujada en el rostro de todos los españoles.»

«Una interrogante? Yo más bien veo una admiración. Pero de ser interrogante sería un, no sería una. Porque el interrogante es punto, no es punta.»

El duque de Rivas es académico de la lengua y publica novelas.

Y hace á un enfermo despertar diciendo:

—¿Adónde estoy?

Que un enfermo diga *adónde* estoy, puede perdonarse; pero que un académico hable tan mal... no tiene nada de extraordinario.

Además, el enfermo, Jorge, bien caro paga el solecismo; porque una señorita, Clara, para divertirlo, «había hecho transportar á la estancia de su primo (el enfermo) el pequeño piano vertical en que estudiaba, y en el cual, con gran primor y sentimiento, le tocaba piezas de los maestros más en boga...»

—¡Toma, por morral!

Este ilustre académico y duque llama *riesgo* al peligro en que están los navegantes de un barco que se está llenando de agua.

Y dice que «se hizo el silencio.»

Y esas cosas *se hacen* en la Academia?

¿No tendrá el duque alguna prima Clara que, para castigo de la mala gramática le meta un piano en la alcoba, la del duque, cuando esté enfermo, y le toque piezas de los maestros.

El duque de Rivas no sólo es gramático; también es teólogo; y para defender la infalibilidad del Papa tiene este argumento, que atribuye á un clérigo *ilustrado*:

«La infalibilidad, bien mirado, á todas las magistraturas que en último término deciden sobre cualquier negocio, se les reconoce implícitamente.»

¡Quién á nadie se le ocurre que es infalible el Consejo de Estado, ni el Tribunal Supremo, ni el Rey, ni las Cortes.

Lo que hay es que en cada orden alguna ha de ser la autoridad suprema. No se reconoce apelación, pero no es porque se suponga infalibilidad.

¡Vaya un filósofo que nos eslió el duque!

¡Nada, nada! que le toquen las piezas de los maestros.

Debo advertir que el duque, académico de la *Española*, hace que los personajes de su novela, que es contemporánea, se hablen de vos.

—«Padre, lo toméis de un modo...»

—Terrible cuadro me presentáis...»

En fin, que parece el folletón de *El Liberal*.

Para esos *Ladeveses* no necesitábamos alforjas académicas...

¡Las piezas, las piezas!

Clarín.

Si lo sé...

Empujé con sigilo la cancela, de puntillas subí los escalones y al llegar junto al cuarto de Carmela sentí tan distintas emociones que hasta dudé un instante; mas, al ir á emprender la retirada, vi la puerta entornada, y no vacilé más, seguí adelante. Entré en su gabinete con cuidado; en un diván dormía... ó lo fingió; me arrodillé á su lado, y juntando su cara con la mía le di en la boca un beso prolongado. Ó despertó ó fingió que despertaba, y por sí por el beso se enfadaba,

como era natural, muy azorado por mi atrevida acción, y avergonzado, empecé por pedirle mil perdones; mas, en vez de enfadarse por el beso, me dijo sonriente: «Para eso, ¡pudi-te suprimir las precauciones!»

Antonio Solís.

De non.



—El retirán dice que cada oveja con su pareja. Y á mí siempre me toca andar por estas frondosidades de borreguito solo.

La gloria.

(CUENTO ESTRAFALARIO)

La luz del sol caía á torrentes por la baharda y su inquieta falange de átomos de oro alumbraaba el Esque que había en el desván: muebles estropeados, cajones vacíos, cascotes de botellas, frascos, libros rotos, desencuadernados, rollos de estera, retazos de alfombra, legajos de papeles amarillentos, ropa descosida, lustros; botas desfondadas, sombreros inverosímiles, de todas las formas imaginables; todo lo que se almacena por inservible y cuesta trabajo tirar á la calle, todo recubierto por la implacable mortaja que extiende el tiempo, sudario formado por millones de millones de átomos que traidores se clavan y apuñalean los objetos que no tienen una mano piadosa que los libre del mortal enemigo de lo creado.

En un ángulo del desván colgaba una corona formada por hojas de laurel y botones de oro; de este símbolo de gloria, debido acaso á la justicia del mérito, ó tal vez á la injusticia de la vanidad, pendían cintas de raso azul, sobre las cuales, destacaba una dedicatoria larga, á jugar por las

innumerables letras doradas que la componían, borrosas é ilegibles ya en su totalidad.

En el vano de la corona, una araña mostruo había tendido su red, y en ésta veíanse aprisionados unas cucutitas muertas y otros insectos que pagaron con su vida el deseo de posarse en la engañosa tela.

Por no sé qué inexplicable choque de ideas, pené en la gloria humana al contemplar aquel anónimo trofeo cubierto por el polvo y por la tela de araña, que alumbraban los rayos del sol trocando sus hilos en hebras plateadas.

¡La gloriosa Tela de araña inmensa alumbrada de continuo por el padre de la luz... El genio la ha tendido en lo más alto del Parnaso... Los espíritus de la tierra, deslumbrados por la hermosura de la gloria, quieren ser sus dueños y señores.

Las águilas del ingenio llegan pronto á posesionarse de la gloria: los demás ascienden como tortugas por la empinada senda del Parnaso, llegan al lugar que ocupa la gloria, avanzan un paso y, es claro, con su peso de tortugas rasgan la finísima urdimbre y caen para siempre á la tierra, estrellándose miserablemente contra el barro de la vulgaridad...

Alejandro Carrubiera.

LA EXPLICACIÓN



—Ya sé yo porqué saben á húmedas las aguas del Lozoya... ¡No sudarán poco los campesinos que se bañan en el río por allá arriba!

CHISMES Y CUENTOS

Silvela habló en Burgos, y no dijo nada entre dos platos; Moret ha hablado también en Zaragoza, y ha dicho más de lo que debía.

Porque en nombre del partido liberal ha ofrecido amplia autonomía á la isla de Cuba, queriéndonos hacer creer, de paso, que el partido liberal ha pensado siempre lo mismo: quedarse sin colonias.

Como tarden un poco en darles el poder á estos zascandiles de la política, acabarán por gritar «¡Viva Cuba libre!» haciendo coro á los insurrectos de la manigua.

Y miren ustedes por dónde todos los españoles de verdad, que antes deseaban la vuelta de Sagasta, por ver si traía ideas salvadoras, se han hecho partidarios de Cánovas de repente.

Porque Cánovas, equivocado ó no, es un hombre. Y los otros son unos chiquilicueiros capaces de todo con tal de meter la cabeza en las ollas del presupuesto.

Don Antonio, al menos, demuestra energía imponiendo su omnímoda voluntad á todo ligero viviente (menos á los embajadores de los Estados Unidos, lo cual es una lástima). La prensa se le pone enfrente, y se ríe de la prensa; Silvela pretende ser tabarra de ratón, y se burla de D. Francisco; las minorías hacen un asno, y se chinchu en las minorías y gobierna sin Cortes, no tolera imposiciones ni advertencias de nadie, sostiene á sus ministros contra viento y marea y se marcha á veranear tranquilamente, demostrando plena confianza en sí mismo y absoluto desprecio hacia sus contrarios.

Es una pena que así como sucede á los partidos, no comenza también al país que dirige, y no se haya atrevido á plantarse en medio del arroyo, mandando á freír espárragos á los yankees, por miedo á que la Nación no le respondiera...

Pero de los otros ya sabemos lo que debemos esperar. Arreglos, compensaciones, indemnizaciones Mora, la autonomía hoy y la independencia mañana...

¡Húndanse las posesiones de Ultramar y sálvense los empleos para los amigos!

Lo dicho, preferimos á Cánovas.

Y á todo esto no sé si recordarán ustedes la algazara que se armó contra D. Francisco Pi y Margall porque dijo que debíamos dejarnos de andróminas y conceder la independencia á los cubanos.

Todos los periódicos, menos los federales, naturalmente, pusieron el grito en el cielo, sacando á relucir los desgarrones de la bandera nacional, la honra de la patria y la chifadura del leader del pacto sinalagmático.

Pues cojan ustedes ahora esos mismos periódicos y verán cómo hablan del Canadá, y de la nobleza de España, y de nuestros queridos hermanos de Cuba, que ya han llegado á la mayor edad y deben regirse por sí mismos...

De lo cual se deduce que no había tal chifadura de D. Francisco, ni tales desgarrones de nuestros estandartes, siempre victoriosos, ni tal honra nacional en peligro...

Allá va un telegrama de Zaragoza:

«Las declaraciones contenidas en el discurso del Sr. Moret han producido excelente efecto en los liberales.

Todos conceptúan como maravillosa la peroración del ex ministro liberal, difundiendo nuevos ideales.»

¡Nuevos! ¡Qué han de ser nuevos, si son los mismos que defiende Máximo Gómez!

No hay más novedad que la de amenazar á las instituciones si no les entregan el poder inmediatamente.

Y eso no lo ha inventado D. Segismundo. Es tan antiguo como el hambre.

Menos mal que Mencheta ha venido con la rebaja, telegraphando lo siguiente:

«La prensa hace resaltar la frialdad con que el público que acudió al teatro-circo recibió la parte doctrinal del discurso de Moret, en lo referente á la concesión de la autonomía.»

¡Pues claro, hombre! ¡Como que á Cuba hemos enviado soldados y millones de pesetas para que venzan á los insurrectos y no para concederles lo que piden!

Morgan sigue presentando diariamente proposiciones en el Senado de Washington pidiendo la excarcelación y las indemnizaciones correspondientes de varios súbditos norteamericanos.

¡Ay! Si Weyler los hubiera fusilado á tiempo, como era su deber, nuestros amigos los yankees podrían pedir el dinero que quisieran, pero lo que es la libertad...

Un problema de higiene escolar, tratado de la competencia y el acierto que reconoce todo el orbe cristiano al distinguido literato Dr. Tolosa Latour.

Ensayos poéticos, colección de composiciones en verso de D. Manuel Navarrete Tejera, de San José de Costa Rica. Precio: un peso.

La milicia como elemento político contemporáneo, interesantísimo libro en que se estudian concienzudamente varias cuestiones militares, por el teniente coronel de Estado Mayor D. Leopoldo Barrios Carrión, con un Post scriptum de D. Luis Vidart. Precio: 6 pesetas.

Amor, por Miguel Sawa. Toda la prensa se ha ocupado con elogio de este lindísimo libro de nuestro compañero D. Miguel Sawa. Concretámonos, pues, á unir nuestro sincero aplauso al de los demás y... suponemos que se habrá vendido la edición á estas fechas. Precio: 2 pesetas.

El general Blanco y la insurrección, por D. Felipe Trigo. Precio: 1,50 pesetas.

Reys de sol, poema, y otras composiciones, forman el tomo últimamente publicado por el insigne poeta D. Manuel Reina. Por circunstancias ajenas á nuestra voluntad llegamos tarde á dar cuenta de la aparición de este precioso libro, que ha obtenido un gran éxito de librería. Precio: una peseta.

Los cuadernos 13 á 16 son los últimamente publicados de la preciosa novela Juana la obrera, que con tanto éxito viene editando la casa Bailly-Ballière é Hijos.

El interés y la amenidad en que rebotan los episodios de esta novela se ven aumentar muy claramente á medida que va desarrollándose su fábula. Aunque repetamos lo consignado en otras ocasiones, decimos que Juana la obrera, por sus bellísimos pensamientos, sus sanas doctrinas y su narración sencilla y clara, es una novela para todos.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Cornelio.—¡Valiente gasón estás! Pero convengamos en que eso tiene gracia á trozos. Lo que no tiene es condiciones para ser publicado. Te advierto, alma mía, que mal hemos podido simpatizar en el Instituto, puesto que no estudié en ningún Instituto. ¡E-tave de libre!

El Padre Eterno.—¿Que quiere usted adquirir fama? Pues fíjese usted en que la versificación es lo de menos. Lo de más es decir algo con ella.

Sr. D. M. M. V.—Usted hace poco tiempo que lee el MADRID CÓMICO. Lo conozco en que todavía no está usted enterado de que no podemos admitir artículos. ¡Lo he dicho tantas veces! Y no por falta de voluntad, ¡sabe usted! sino de espacio.

Archiparraguirregurrigurrta.—¡Si viera usted, señor Archiparra... etc. qué inocentísimo es eso y cuantos *chistes* se han hecho en este mundo con los modelos de pintor y los modelos de virtud! ¡Ah! ¡si usted lo viera!

Chist.—La primera no se entiendo á las primeras de cambio, la segunda y tercera son francamente tristes, y la cuarta poca de vulgar. Esto es lo que me parecen esas mae-tras.

Sr. D. A. T.—Pues ¡sabe usted que no recuerdo haberlas recibido! Pero si llegaron y no conté á usted, es seguro que no fueron admitidas.

Sr. D. A. M. G.—De veras siento no poder complacerle contestándole particularmente, pero ¡juro á usted que no tengo tiempo! Hablándole con franqueza, y á juzgar por las dos composiciones que me envía... aún le falta mucho para llegar á escribir versos como Dios manda.

Malasaña.—Admitida, más por complacer á usted, que bien lo merece por la fe con que trabaja, que por otra cosa. Porque bien sabe Dios que el asunto es un poquito vulgar.

X. Y. Z.—Puede usted remitir la de nuevo firmada.
Sr. D. P. C. V.—El soneto *Á Dolores* carece de interés general, el otro es de un genero incongruente completamente pasado de moda, y el cantar... no vale la pena. Debo advertir una cosa: que no puede decirse, que labras la mortaja porque las mortajas suelen ser de tela ó paño, y el verbo *labrar* no pega.

Sr. D. F. L.—Sirve una, que se publicará, Dios mediante.
Aguiles.—Compadre, su parte vulnerable no es el tendón, es... ¡la pornografía! ¡Dice usted unas cosas que encienden!

Sr. D. M. F. R.—No está mal versificada, pero el asunto es vulgar; de los que no tienen nada, ¡nada de particular!

Un reincidente.—Esa... ¡ay! ésa no es de la índole del periódico. Á la vista salta.

Castañuelas.—Hay algunas asonancias, algunos versos cortos, algunos largos... etc., etc.

Sr. D. M. F. M.—También usted podría haber hecho una poesía festiva si hubiera escogido mejor el asunto, porque no le falta soltura en la versificación. Pero lo que se cuenta tiene tan poquísimo saliente... Parece que va usted á hacer una sátira de las reuniones aristocráticas, y luego no hay tal sátira.

Sr. D. S. G. G.—Los cantares, con y sin medias suelas, son la vulgaridad andando.

Un lector.—Repito lo dicho en mi anterior; pero no me atrevo á suscitar la cuestión por mi propia iniciativa. Veremos si la de usted da algún resultado.

Plumeros.

Cepillos.

Gamuzas.

Completo surtido.

Precios ventajosos.

HIJOS DE M. GASES.—Fuencarral, 8.

PEDID
CONSERVAS DE CARNES, AVES, PESCADOS
DE MAR Y RÍO
Y MARISCOS

Marca LA NOYESA

DE J. CAAMAÑO Y C.^ª

De venta en todos los ultramarinos.

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE

Málaga.—Manzanares.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL

TAPIOCA—TÉS

de RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

Precios de suscripción.

MADRID.—Trimestre: 2,50 pesetas; semestre: 4,50; año: 8.

PROVINCIAS.—Semestre: 4,50 pesetas, año: 8.

EXTRANJERO Y ULTRAMAR.—Año: 15 pesetas.

En Provincias no se admiten por menos de seis meses y en el Extranjero y Ultramar por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles y certificando en este último caso la carta.

Precios de venta.

Un ejemplar, con el suplemento correspondiente, 15 céntimos.

Los corresponsales y vendedores, 10 céntimos cada ejemplar.

Un suplemento, 10 céntimos.

Los corresponsales, 6 céntimos.

Los ejemplares de números atrasados se servirán sin aumento alguno de precio.

Á los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el envío del paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

Redacción y Administración: Península, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

Despacho: Todos los días de 10 á 2 y de 4 á 6.

Representante exclusivo en la República Argentina: D. Luis Cambray, calle Ribadavia, 512, Buenos Aires.

MADRID.—Impreso en los Hijos de M. G. Huelgas, Librería, nº 49.